María Esther Gilio

"NO RENIEGO DE NADA"

ENTREVISTA A RAFAEL ALBERTI

Domingo de agosto en Madrid quiere decir silencio y cielo alto, muy alto porque el aire es seco y transparente. Son las diez de la mañana pero no se escuchan voces ni bocinas. El sol golpea fuerte. Rafael Alberti desayuna sentado a la sombra de un toldo, en un café sobre Plaza de España. Come abundante pan y manteca y no me mira cuando habla porque está de muy mal humor, es evidente. "Sí, sí, María Teresa León escribió "Memoria de la melancolía", pero me imagino que no será para hablar de eso que tu me has citado". "¡García Lorca! ¡Otra vez García Lorca! Murió hace 43 años, hay otros poetas en España". "Tú dices que has estado en mi casa en Uruguay. Me pregunto quién no estuvo. Todo el mundo estuvo. Siempre encuentro alguien que comió con nosotros en La Gallarda. Yo no puedo acordarme de todos".

Come rápidamente y mira el reloj con frecuencia. Lleva el pelo blanco largo hasta los hombros y la camisa sport generosamente abierta sobre el pecho. En lugar de preguntarle por qué está tan malhumorado le pregunto por qué tiene tanta prisa. El masculla palabras ininteligibles, bebe un largo sorbo de café y dice que querría vivir 45 años más. "Sería un poco ambicioso", le digo, "¿o tal vez no?"

—Sería llegar a los 125. Puede que haya exagerado.

—¿Ya tienes 80?

—Sí, no lo parece ¿no?, dice sonriendo súbitamente. ¿Sería ambicionar demasiado? Me conformo con llegar a los 115.

—Seguramente lo conseguirás.

—Te ríes.

—No, con esa voluntad se puede cualquier cosa.

—No sólo voluntad. Energía. Mi energía no se agota. Luego de mi vuelta a España he hecho sesenta recitales con Nuria Espert. Sesenta recitales son sesenta viajes. Soy el poeta que más se mueve en España. Lo digo sin vanidad.

—¿Por qué sin vanidad? No reniegues de tu vanidad.

—No reniego de nada. Uno es como es. Mi energía me hace feliz y la felicidad me da energía.

—Hablando de energía, ¿por qué renunciaste a tu banca en el Parlamento español?

—Después de 40 años fuera de España no podía, seriamente, ocupar ese cargo. Me di cuenta de que se me escapaba de las manos. El problema de los olivareros, el problema de las carreteras. Había otros que lo harían mejor que yo. Sentí que debía renunciar.

—Para volver a aquello en que te sientes más eficaz, la poesía.

—Sí, pero no para meterme en la torre de marfil; no, no creo en eso.

—¿No crees en eso desde un punto de vista moral o estético?

—Conociendo mi vida es fácil saber que en el sentido moral no comparto torres de marfil.

—¿Y desde un punto de vista estético?

—Un poeta debe estar presente en su tiempo. ¿Un poeta absolutamente subjetivo? ¿Qué sería? La obra se enriquece con la vida y la vida con la obra. Yo pertenezco a una generación de poetas presentes: Aragón, Neruda, Machado.

—Cuéntame de tu llegada a la Argentina.

—Si no hubiera llegado a la Argentina tal vez todo hubiera sido horrible. No es fácil el exilio. Entre los exiliados es bastante frecuente el suicidio. A la Argentina llegué hace cerca de 40 años, después de un largo viaje por mar, que hicimos llenos de miedo por los submarinos alemanes. En el puerto de Buenos Aires nos esperaban amigos. Todos hablaban de guerra. Frente a Montevideo los aliados acababan de hundir al Graff Spee. Argentina era nuestro nuevo refugio de españoles errantes. Pensábamos que por poco tiempo. Pero fueron muchos años.

—¿Lo dices con pesar?

—Argentina fue muy generosa con nosotros. Pero el exilio es duro. Algo sabían de eso los griegos. Apenas desembarcados nos fuimos a un pueblecito a 90 kilómetros de Córdoba. El Totoral. Sólo bajamos cuando tuvimos documentos.

—¿Cómo era el Totoral?

—Un pueblecito pequeño con una hermosa alameda que no se borra de mi memoria. Alamos lombardos en cuyos troncos grabé nombres queridos. Me pregunto si estarán ahí todavía o si el viento y la edad ha terminado ya con ellos. Cada vez que uno era derribado por el viento había el correr alegre de campesinos enarbolando sus afiladas hachas. Pronto no quedaba ni el recuerdo del caído. ¿Estarán allí aún? ¿Tú que piensas?

—En general soy optimista.

—Digamos entonces que si un día vuelvo me sentaré a comer aceitunas con pan a la sombra de sus hijos— dijo, y pidió la cuenta.

—Pero escúchame... ¿ya quieres irte?, pero si aun no empezamos...

—El resto te lo inventas.

—Pero es que yo no soy un poeta.

—Para un periodista eso no es un obstáculo -dijo mirándome desde arriba pues ya se había puesto de pie y empezado a alejarse.

